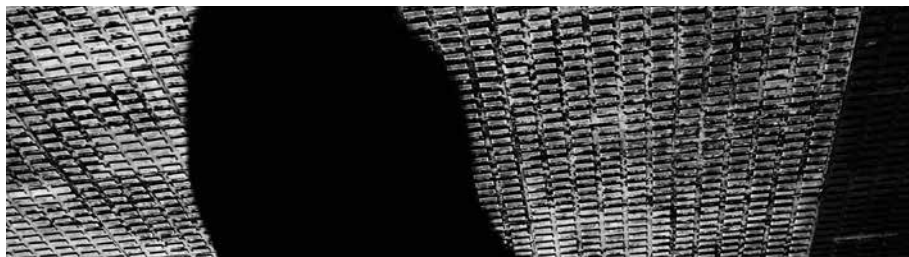


3. PLURAL



4. Rutas y retos para la transición en la era del colapso energético

Volver al campo mientras el mundo se derrumba

Adrián Almazán Gómez y Helios Escalante Moreno

■ ¿De qué hablamos cuando hablamos de mundo rural? Cerrando los ojos a las infraestructuras que lo atraviesan, los domingueros pueden pretender que han vuelto al campo cuando visitan algún pueblo separado de la ciudad por unos pocos kilómetros de autopista. Sin embargo, esta identificación simplista olvida que *el mundo rural fue ante todo una colección particular de modos de vida* (Hunyadi, 2015), *una organización material, social, cultural y simbólica del mundo*.

El mundo rural: crónica de una muerte anunciada

Estos modos de vida campesinos, en plural (Shanin & Ibarra, 1979), tenían bastantes elementos en común. En lo material, nos encontraríamos ante formaciones sociales de escala reducida y poco atravesadas por la especialización del trabajo. Agricultura, ganadería, artesanía, construcción... Todas estas actividades eran abordadas colectivamente con el objeto de asegurar la reproducción social y el conocimiento necesario para las mismas era patrimonio común. Un elemento central para la supervivencia eran los bienes comunes (bosques, agua, pastos, etcétera), cuya propiedad y acceso colectivos garantizaban la posibilidad de cubrir el mínimo de necesidades básicas de los miembros de la comunidad sin apenas tener que recurrir al mercado.

Si, con Berlan (2012), aceptamos que las tres fuerzas centrales que han dado forma a la modernidad son la disolución comunitaria, la monetarización y la burocratización; el mundo rural es lo anterior a la modernidad y uno de sus otros, el reino de las relaciones directas, el intercambio no monetario y la gestión autónoma de la vida. Sus modos de vida se encuentran sujetos a un estricto orden comunitario. En vez del tipo de relaciones impersonales mediadas por el Estado o el mercado hegemónicas en el mundo urbano e industrial, éste tiene como pilar el

apoyo mutuo entre vecinos. Su miríada de instituciones de gobierno y trabajo comunitarios dan cuenta de una gestión directa y poco mediada de la supervivencia y la organización.

Esto, por supuesto, no quiere decir que sean formaciones sociales completamente horizontales, sino más bien de, en palabras de Tönnies, “sociedades unidas en la separación”. En ellas la existencia de diferencias de poder en el seno de la comunidad no es incompatible con la solidaridad y la fortaleza del derecho consuetudinario. Todo lo contrario a las paradójicas sociedades industriales basadas en el contrato. Éstas son “sociedades separadas en la unión”. A la atomización individualista le acompaña una tremenda sobresocialización derivada de las dependencias absolutas de cada individuo con el todo social a la hora de garantizar su reproducción social e incluso su propia subjetivación.

Por último, existe también una especificidad antropológica y simbólica en el mundo rural, que describió bien Marc Badal (2014). Por un lado, el desarrollo por parte de las sociedades campesinas de un acervo de conocimiento amplísimo relativo a las especificidades de cada uno

“... en los países centrales el diagnóstico es el de la muerte del mundo rural”

de los territorios que habitaban. Por otro, una especificidad en su forma de conocer y relacionarse con el mundo caracterizada por la centralidad del cuerpo, el desapego por la abstracción característico de las sociedades orales y una relación con la naturaleza activa pero capaz de perpetuarse a lo largo del tiempo. En general, por

tanto, un imaginario atravesado por la noción de límite tanto en lo cultural como en lo metabólico.

Dentro del proceso de disolución de estos modos de vida campesinos un fenómeno central ha sido el de la mercantilización e industrialización de la producción de alimentos que supuso la aparición y extensión de la agroindustria. Éste ha sido, además, uno de los factores que más ha contribuido a crear las condiciones que a día de hoy apuntan a la posibilidad de colapsos en las sociedades industrializadas. Vincular la producción de alimentos a los combustibles fósiles no sólo supuso una explosión en la demanda de los mismos que ha acelerado su agotamiento, sino que ha impuesto a las poblaciones una dependencia absoluta del actual modelo energético a fin de garantizar su supervivencia.

Mientras que este proceso se ha consumado en los países centrales (América del Norte, Europa, Australia, Japón), en gran parte de los países periféricos, como los de América Latina, coexisten aún modos de vida campesinos e indígenas junto a una agricultura de exportación altamente industrializada. El mantenimiento de estas formaciones sociales implica unas condiciones diferenciadas frente a los escenarios de derrumbe socioecológico.

3. PLURAL

En términos energéticos los cambios en la actividad agroganadera han supuesto la desarticulación de un metabolismo circular basado en los flujos de energía solar y con alta productividad de biomasa, con escasos insumos externos y con residuos susceptibles de reintegrarse en los diferentes ciclos. De ahí se ha pasado a una organización metabólica altamente dependiente de los depósitos de combustibles fósiles, los insumos químicos y con una elevada generación de residuos. Este incremento exponencial de la demanda energética coincidió con la llamada “Revolución Verde”. Ésta extendió el monocultivo, la mecanización y el recurso a semillas híbridas, así como el uso de insumos químicos (pesticidas, herbicidas y abonos que en el caso de los fertilizantes nitrogenados provienen directamente del gas natural) con el objetivo de aumentar la productividad de un suelo empobrecido debido a la sobreexplotación.

Al mismo tiempo, la integración plena de la agricultura y la ganadería en los circuitos internacionales de mercancías conllevó la necesidad de un enorme consumo energético en transporte y almacenamiento, amplificado por la dispersión geográfica de la cadena de valor en la transformación de los productos.

La mutación en las actividades productivas que articulaban el mundo campesino, unidas a las transformaciones del territorio y las migraciones masivas, han dado lugar a la eliminación de la especificidad del mundo rural que arriba describíamos. Definido oficialmente en países como España en virtud de su densidad de población y no de su actividad, además de reproducir las formas de vida típicamente urbanas, se ha sometido a las necesidades de las metrópolis, siendo colonizado por todo tipo de industrias, servicios, infraestructuras logísticas y vías de transporte. Todo ello ha extendido la movilidad motorizada, al mismo tiempo que ha destruido territorios comunitarios y obstaculizado el uso agrícola de amplias áreas, en algunos casos de forma irreversible. Es decir, en los países centrales el diagnóstico es el de la muerte del mundo rural en tanto que modo de vida y entramado material, cultural, simbólico y antropológico.

La “vuelta al campo” como proyecto político emancipatorio

Frente a un mundo cuyos flujos globales se sostienen únicamente gracias al petróleo barato, las transformaciones sociales necesarias para afrontar el colapso socioecológico implican necesariamente un retorno a lo local. Presentamos una propuesta de proyecto político que trata de incorporar en su centro la cuestión material y se articula a la contra de las fuerzas sociales dominantes, dejando atrás determinismos e ilusiones como la del progreso o la omnipotencia técnica. Entendemos que necesariamente ésta deberá engarzarse con muchas otras para poder dar lugar a una acción política emancipatoria.

Si hay una palabra que resume nuestra posición es la de autonomía en el sentido que le otorga Castoriadis (2005). Una sociedad emancipada

es, según este autor, una sociedad autónoma en la que los miembros de la misma pueden comprender, hacerse cargo y tomar decisiones sobre todo aquello que les afecta. Además, tiene como requisito atender a la naturaleza limitada tanto de nuestra condición de animales humanos como del planeta Tierra. El objetivo de esta sociedad sería la construcción de un marco socio-histórico compatible a la vez con el desenvolvimiento igualitario y pleno de todos los seres humanos, tanto presentes como futuros, y con la vida del resto de seres que cohabitan la Tierra con nosotros. Para nosotros la autonomía que caracterizó al mundo rural resulta una inspiración imprescindible para construir una propuesta política en este sentido.

Por un lado hablamos de la construcción de autonomía material. En su identificación entre desarrollo de las fuerzas productivas-destructivas y la liberación humana, gran parte de las teorías emancipatorias que dominaron el horizonte de la teoría y la praxis revolucionaria en los siglos XIX y XX asumieron la neutralidad del mundo material moderno. Sin embargo, esta asunción incurre en un doble error.

El primero, mantenido con excepciones cada vez más numerosas, no identificar a las fuerzas productivas como fuerzas a su vez destructivas, en tanto que dependen para su expansión de la devastación del planeta, sus habitantes y las formas de vida que se sitúan por fuera de su lógica. Ya que esta tendencia destructiva es precisamente la que nos ha conducido a la actual situación de emergencia socioecológica, conviene pensar en otras formas de organización metabólica. En concreto la autonomía material pasa por recuperar elementos centrales del mundo campesino como la forma de habitar, descentralizada y a pequeña escala, el conocimiento del territorio y los saberes que permitían la reproducción social mediante recursos cercanos y sin combustibles fósiles, etcétera.

El segundo error, que sigue siendo hegemónico, consiste en no entender que toda organización material, y en concreto todo avance tecnológico, es radicalmente no neutral, y no ver cómo los supuestos logros irrenunciables de la sociedad industrial no son separables de las nocividades del mundo que los ha engendrado.

Por tanto, toda propuesta emancipatoria tiene como tarea ineludible evaluar colectivamente la panoplia tecnológica que hoy acompaña nuestra vida asistida y dismantelar todos aquellos elementos de la misma incompatibles con una gestión humana no mediada por el Estado o el mercado. Ello no implica una renuncia a toda innovación técnica, sino la introducción del factor valorativo como freno a la dinámica automática y sonámbula del mundo contemporáneo.

Por supuesto una dimensión esencial del proyecto es la autonomía política. No hay autonomía política sin democracia, y la democracia sólo puede significar la organización colectiva para la toma de decisiones directa. Esto implica no sólo dotarse de la estructura organizativa e institucional adecuada, sino construir modos de vida compatibles con

3. PLURAL

formas de habitar más estables que permitan la reconstitución de los lazos comunitarios perdidos y el conocimiento del lugar que es condición de posibilidad de la toma de decisiones al respecto del mismo.

Es precisamente por esto que entendemos que el incipiente movimiento de “vuelta al campo”, sin serlo hoy, podría tener el potencial de convertirse en el sujeto de un proyecto de este tipo y actuar como resguardo ante las expresiones más agudas del colapso socioecológico. Por un lado, por su voluntad directa de recuperación de la autonomía material que expresa su compromiso con la producción de alimentos, la ganadería, la artesanía o la recuperación de saberes tradicionales.

Por otro, en lo político, su decisión de volver a habitar pequeños núcleos puede posibilitar la recuperación de lazos e instituciones comunitarias. Al alejarse del anonimato y aislamiento imperante en las grandes urbes, al vincularse con los habitantes de un lugar, al construir proyectos que colectivamente se hacen cargo de la reproducción social, etcétera, establecen la base para la formación de comunidades. Éstas, combinadas con un arraigo al territorio, pueden hacer viables las asambleas de pueblo como espacio de toma de decisiones, como institución de autonomía política.

Esta propuesta no es en ningún caso sinónimo de recuperar el conjunto de las realidades que constituían el mundo rural histórico. En primer lugar, porque no hay marcha atrás en la historia. Y en segundo, porque si atendemos a la necesidad de autonomía personal y colectiva, las nuevas comunidades tendrían precisamente que hacerse cargo de superar esa parte de separación que se daba en el trasfondo de unión y apoyo mutuo en el antiguo marco rural. Pensamos aquí en las jerarquías caciquiles, en el dominio patriarcal, etcétera.

En último lugar, un proyecto de autonomía no podría tampoco descuidar la necesidad de construir autonomía cultural o simbólica. Es relevante entender que un mecanismo fundamental de la dominación es la construcción de imaginarios y de subjetividades que no sólo le son afines y solidarios, sino que en su desarrollo propio la perpetúan. Para este asunto Castoriadis (1989) vuelve de nuevo a ser una buena guía.

Para él los imaginarios no son valores estrictamente culturales e integrados en la “superestructura”. Los imaginarios serían más bien mediadores en nuestra relación con el mundo. De hecho, al separar lo posible y lo imposible o lo pensable y lo no pensable, instituyen de hecho dicho mundo en un momento determinado. La omnipotencia técnica, componente del imaginario dominante, ha influido e influye profundamente en la constitución específica de nuestro mundo material.

Advertía Castoriadis que uno de los grandes retos a los que tenemos que enfrentarnos como sociedades y como individuos es el de superar los imaginarios heterónomos, impuestos. Por tanto, un elemento central de cualquier proceso de autonomía es la toma de conciencia de su naturaleza imaginaria, creada socialmente. Transitar a la autonomía es también, pues, redescubrirnos como arquitectos de nuestros imaginarios e instituciones sociales.

Si el imaginario capitalista viene marcado en lo fundamental por la ilusión de dominio ilimitado que nos empuja a la racionalización del mundo, la vuelta a espacios no urbanos y el intento de reconstruir autonomía material y política son un escenario privilegiado para su superación. Y lo son porque si entendemos que superar dichos imaginarios pasa necesariamente por una transformación antropológica que nos aleje de los mismos, la necesidad de enfrentarnos a la naturaleza limitada de nuestra propia corporalidad y del mundo que nos rodea (inevitable cuando lleva a cabo tareas sin hacer uso del andamiaje tecnoindustrial o está cercano a los procesos naturales) es una de las mejores estrategias con las que contamos.

Límites y riesgos

La afluencia de población urbana al medio rural, el llamado movimiento neorrural, no ha solido incorporar hasta ahora una perspectiva emancipadora. Más bien ha consistido en una deslocalización desde la urbe por parte generalmente de las clases medias que pueden permitírsele y ha agravado la disolución del mundo rural incorporando a éste formas de vida y transformaciones espaciales ajenas al mismo y generando nuevas necesidades técnicas.

Ahora, incluso en el caso de que un proyecto similar al que planteamos tomara fuerza la escala local, ésta no deja de tener un carácter ambivalente. Si bien es el punto de partida necesario para la autonomía, puede

“Esta propuesta no es sinónimo de recuperar las realidades que constituían el mundo rural histórico”

también conllevar riesgos como el aislamiento, la irrelevancia sociopolítica o el encierro endogámico. Este repliegue territorial, imprescindible en términos materiales, no debería implicar una renuncia total a la movilidad, el intercambio, o la comunicación entre lugares y territorios, en la medida en que los límites energéticos y ecológicos lo permitan.

En cualquier caso, para pensar en formas de organización política a diferentes niveles de complejidad democráticas y descentralizadas resulta especialmente útil la propuesta confederalista de Murray Bookchin (2009), que enlaza con la tradición libertaria y consejista de toma de decisiones colectivas y órganos de delegados revocables y rotatorios encargados de ejecutarlas. Además, es importante mantener la conexión con el resto de luchas sociales existentes sobre el territorio, de forma que no se pierda el sentido estratégico que los vincula con el proyecto amplio de emancipación. De lo contrario, la despoltización conlleva el riesgo de limitarse a crear refugios seguros para elites en tiempos convulsos.

Hasta el momento la mayoría de los intentos de “vuelta al campo” en forma de proyectos colectivos, como el caso de las numerosas ecoaldeas

3. PLURAL

que se van extendiendo por el territorio, están lejos de plantearse como horizonte una articulación colectiva como sujeto político. Sin embargo, la propuesta política que hemos expuesto parece comenzar a esbozarse, de forma incompleta y a veces contradictoria, en diferentes luchas y procesos sociales. Merece la pena mencionar experiencias como la red de cooperativas Longo maï entre Francia, Alemania y Suiza. También la Zona Autónoma a Defender (ZAD) de Nôtre Dame des Landes.

En la península existen también experiencias de gran interés. En Andalucía la finca de Somonte en Palma del Río (Córdoba), un proyecto cooperativo agroecológico vinculado a la lucha por la tierra del movimiento jornalero. En Cataluña la Cooperativa Integral Catalana, que incluye multitud de proyectos que apuntan hacia una recuperación de autonomía material con un contenido anticapitalista.

Los planteamientos esbozados y las experiencias que pudieran derivarse de ellos están hoy lejos de conformar un frente de actuación conjunto. Además, una propuesta de este tipo en el contexto de un colapso socioecológico tendrá que desenvolverse en unas difíciles condiciones de desintegración social. El incremento de las tensiones de todo tipo (incremento de flujos migratorios con la consiguiente xenofobia, disputas por el territorio y los recursos, intensificación de la explotación...) irá haciendo estos espacios cada vez más necesarios, a la par que más dificultosos e inestables. Sin embargo, nuestro objetivo sigue siendo ir más allá de la mera supervivencia y preservar un proyecto emancipatorio. Por ello creemos que casi todo dependerá de nuestra capacidad de articular un tejido colectivo capaz de mantener la diversidad de los diferentes espacios trazando a su vez una línea común en la dirección que hemos tratado de esbozar.

Adrián Almazán Gómez es miembro del colectivo editor de la revista *Cul de Sac* y de Ediciones el Salmón. Es doctorando en filosofía en la Universidad Autónoma de Madrid.

Helios Escalante es militante libertario.

Referencias

- Badal Pijuan, M. (2014) *Vidas a la intemperie: notas preliminares sobre el campesinado*. Campo Adentro.
- Berlan, A. (2012) *La fabrique des derniers hommes: retour sur le présent avec Tönnies, Simmel et Weber*. París: La Découverte.
- Biehl, J., y Bookchin, M. (2009) *Las Políticas de la ecología social: municipalismo libertario*. Barcelona: Virus.
- Carpintero, Ó. (2015) *El metabolismo económico regional español*. Madrid: FUEM ecosocial.
- Carpintero, Ó., & Naredo, J. M. (2006) Sobre la evolución de los balances energéticos de la agricultura española, 1950-2000. *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural*, 40, 531-554.

- Castoriadis, C. (1989) *La Institución imaginaria de la sociedad*. Vol 2. *El imaginario social y la institución* Vol. 2). Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis, C., y Pedrol, X. (2005) *Escritos políticos*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Hunyadi, M. (2015) *La tiranía de los modos de vida. Sobre la paradoja moral de nuestro tiempo*. (F. González Fernández, trad.) (1.^a). Madrid: Cátedra.
- Prats, F. (2016) *La gran encrucijada: sobre la crisis ecosocial y el cambio de ciclo histórico*. Madrid: Libros en Acción.
- Shanin, T., & Ibarra, F. B. (1979) “Definiendo al campesinado: conceptualizaciones y desconceptualizaciones: Pasado y presente en un debate marxista”. *Agricultura y sociedad*, (11), 9-52.